

«perancia desenfadada, los odios sanguinarios de un padre impío; oyen los cantos disolutos que son el gozo de la cena¹; aprenden á ser viciosos antes de que la edad haya podido enseñarles qué cosa era el vicio; acostúmbrense á él antes de conocerle, y le conocen sin esperanza y cuási sin fuerza para corregirse². Después pide Roma jueces íntegros, soldados intrépidos; ciudadanos virtuosos, y se indigna de no ver renacer los bellos tiempos de su gloria y sus triunfos! No; no fue así como fue educada aquella brillante juventud que fundó el poder romano sobre las ruinas de las naciones. Que los padres personifiquen las costumbres de los primeros dias de Roma; los hijos nos presentarán las costumbres de Roma triunfadora³.»

Esas tristes palabras, esos espectáculos de crímenes y de muerte, esas espantosas convulsiones en que se debatía la sociedad antigua; y sobre todo la potente y querida voz del divino Maestro, sus promesas y sus amenazas, infundían un religioso pavor á los padres cristianos, y redoblaban su solícito afán por la educación de sus hijos. Hace saltar las lágrimas el ver su piadoso fervor pidiendo sanos consejos para el acertado cumplimiento de sus graves deberes; y no se sabe qué admirar mas, si su docilidad en recibirlos, ó su fidelidad en practicarlos⁴. Con maestros como los Padres de la Iglesia, con padres como los primeros cristianos, la regeneración de la familia y la salvación del mundo, que fue su consecuencia, nada tienen de asombroso.

Nos hemos extendido de intento sobre ese código doméstico: fue el regenerador de la familia; y so pena de no comprender el efecto, era preciso explicar detenidamente la causa.

CAPÍTULO X.

Virtudes domésticas.

La caridad, que era el alma de la familia, era también su encanto. De esa fecunda raíz nacían las diferentes virtudes que ha-

¹ Convivium obscenis canticis strepit.

² Discunt hoc miseri, antequam sciant esse vitia.

³ San Jerónimo, *Epist. ad Gaudent.*

⁴ San Jerónimo, *ad Eustoch., ad Laet., ad Gaudent., etc.*

cian del hogar doméstico un cielo anticipado, y de todos los que lo habitaban un pueblo desprendido de la tierra y siempre pronto al martirio¹. Por parte de los padres, vése la solícitud mas activa y la mas ilustrada ternura. Mientras que los paganos acompañados de sus hijos pasaban los dias y las noches en los baños, en el circo, en el anfiteatro, en las orgías, languideciendo en la molicie y ociosidad igualmente fatales á la vida del cuerpo que á la vida del alma, nuestros padres imitaban por su actividad tranquila, pero sostenida, el enjambre de abejas que formaba su colmena. Penetrados de estas santas máximas, *que la ociosidad es la madre de los vicios²; que todo hijo de Adán está condenado al trabajo³; y que el que rehusa trabajar no tiene derecho al agua que bebe, ni al pan que come⁴*; nuestros padres no querían que sus hijos permaneciesen ociosos. Desde la edad la mas tierna, hacían suceder el trabajo á la oración, y la oración al trabajo. En esta sabia alternativa de ejercicios religiosos y de ocupaciones materiales, había un alto pensamiento de moralidad. Candidatos del cielo y ciudadanos de la tierra, los jóvenes cristianos aprendían á vivir la vida que convenía á sus destinos; el divino Maestro se convertía en modelo práctico; y robustecido el espíritu de cada dia mas, aumentaba su imperio sobre la carne y los sentidos. El levantarse con la aurora, la oración en comun, la asistencia al augusto sacrificio, la recepción del Dios de los fuertes y de las vírgenes, daban comienzo al dia. Después se dirigía cada cual á su trabajo. A imitación de los antiguos Patriarcas, los padres retenían el mayor tiempo posible á su joven familia bajo su vigilancia. La elección de los compañeros de sus hijos formaba el principal objeto de su solícitud: jamás hubieran permitido junto á ellos criado ni persona alguna sospechosa. De cerca ó de lejos vigilaban sus juegos, su traje, su alimento: sus juegos, evitando todas las diversiones en que reinase el desorden y la confusión; sus vestidos, porque la modestia cristiana rechaza todo exceso: ella no quiere el fausto en los adornos, ni el descuido en el traje; su alimento, alejando de sus hijos toda especie de sensualidad. «Con-

¹ Expeditum morti genus. (*Tertull.*).

² Multam enim malitiam docuit otiositas. (*Eccli. xxx, 29*).

³ In sudore vultus tui vesceris pane. (*Gen. iii, 19*).

⁴ Si quis non vult operari, nec manducet. (*II Thessal. iii, 10*).